

PUBLICACIONES
DE
N O R M A

RAÍZ VITAL DE LA UNIVERSIDAD

POR

J. LÓPEZ IBOR

Valencia, Marzo 1935.

RAIZ VITAL DE LA UNIVERSIDAD

Cuando se entona un treno acerca de la decadencia de la Universidad española, se rememoran las grandezas pretéritas y se señala imperativamente a las universidades extranjeras como el modelo que, fielmente seguido, acabará con la podredumbre de nuestras máximas instituciones culturales. Hay muchos estudios acerca de ellas, muy eruditos además, contruídos con arreglo a aquel esquema intelectual; de ahí arrancan una serie de propuestas de solución, distintas según el hogar intelectual del que escribe.

El problema se puede abordar, sin embargo, desde otros ángulos, a mi juicio menos formulistas y más esenciales. Por mi parte, voy a tratar de plantearlo de otra manera más elemental y primitiva, desprovista de alambres técnicos; más honda y sincera en cambio.

No creo que nos sirva, en el momento actual, el modelo de nuestras universidades pretéritas. Tampoco creo que nos sirva el de las extranjeras; si ello fuera así, la creación de una cultura patria hubiera sido simplemente un problema de dinero: bastaba con el trasplante de personalidades y material científico. Si esto fuera verdad, un Rockefeller español nos hubiera resuelto la cuestión hace muchos años. Millones, muchos millones... eso era todo.

Sin embargo, en el espíritu de todos está que eso no es verdad; yo mismo sostenía esa tesis en mis monólogos de mis primeros tiempos de pensionado. Pensaba entonces que el gran remedio de nuestra tisis cultural era el traslado a nuestro país de la técnica de la creación científica. Así habían procedido los japoneses. ¡Terrible error!

Los sudamericanos podrían esta vez traernos ejemplos útiles como el del sabio profesor alemán, gran escudriñador de la verdad, meticoloso técnico, autor de originales monografías, que, una vez allí, se dedicaba, como cualquier otro indígena, a la grata tarea de rendir culto a Cresos. Afortunadamente, España ha sido siempre refractaria a tales soluciones.

El error inicial estriba en creer que todo consiste en adquirir una técnica de la creación científica. Quien haya pasado unos meses o unos años en cualquier seminario o laboratorio alemán y haya visto el ritmo lento, pero seguro y uniforme, con que se lanzan trabajos al mundo; quien haya sentido pesar sobre sí—en tareas de opositor, por ejemplo—la mole inmensa, de perfecta arquitectura, que constituye cualquier sector de la investigación alemana, habrá pensado que todo aquello debe ser producto de una técnica. Cajal debió sentir estas mismas impresiones cuando se dedicó a escribir las reglas y consejos sobre la investigación científica.

Efectivamente, la técnica existe, pero no es lo esencial; la técnica es la manifestación de algo que tiene su cauce oculto, pero que le presta vida y jugo a toda ella. Nuestra tarea va a reducirse, pues, a buscar las fuentes y a señalar el curso de ese cauce vital.

La Universidad acepta como misión la de crear una cultura y cuidar de la continuidad de la ciencia. La Universidad no forma profesionales, se dice. Ortega y Gasset ha insistido reiteradamente sobre la misión de la Universidad en este triple sentido de crear una cultura, formar profesionales y educar investigadores. Pero lo esencial para él es el primer fin; los demás los toma un poco por necesidad; son algo que impurifica su misión genuina. Como si la sociedad pudiera permitirse el lujo de tener universidades. La cultura es un producto de lujo para Guillermo Ferrero; la sociedad se permite este mecenazgo cultural, como el artístico. Realmente se podría vivir sin él, como sin la Gioconda; pero he aquí el problema: ¿se podría *vivir sin él*?

Enfrentemos, pues, decididamente, estos dos términos: ciencia y existencia. El problema fundamental del

hombre es el de su existencia; lo que le importa es ser, existir y, por lo tanto, poder ser, poder existir. El mundo es mundo del hombre—mundo circundante—en tanto constituye su ámbito existencial. El problema radical y genuino del poder existir es lo bastante rudo y azaroso para que el hombre pueda permitirse lujos, como el navegante solitario en medio de la tormenta no puede entretenerse en tocar el laúd. Desde el momento en que el hombre despliega actividades científicas, es porque las necesita, porque son elementos integrantes de su ámbito vital. El hombre necesita apoyarse en ellas para poder realizar el salto en el vacío de su existencia.

Pero apresurémonos a advertir que el apoyo del hombre en la ciencia no es algo que podamos interpretar en un mero sentido de economía utilitaria; es decir, el hombre no recurre a ella por el mismo motivo que le impulsó a buscar en el arma su gran colaborador en la lucha contra los animales en sus tiempos primitivos. Con ello reduciríase el problema de la ciencia y, por tanto, de la Universidad al problema de la técnica. La física teórica, por ejemplo, tendría valor existencial, interesaría al hombre, más llanamente dicho, porque sobre ella asienta la ingeniería práctica y utilitaria que le traza sus caminos, le construye sus puentes y le adorna su casa con muebles metálicos.

Este es uno de los aspectos por los que la misión de la Universidad tiene un valor existencial, pero no el único. Porque el hombre no es sólo el wikingo que sólo quiere desarrollar su poder; éste encuentra su limitación y, por lo tanto, su enemigo, en el poder de los demás y en sí mismo. He aquí por qué camino las demás tareas que constituyen la unidad de la cultura adquieren valor existencial. La verdad sobre los demás, y en último extremo la verdad sobre sí mismo, constituyen objetos, podríamos decir del mundo circundante humano; ante cada nuevo objeto, ante su posible utilización, surge siempre un nuevo interrogante. Todo lo que sea contestación a estos interrogantes es tarea científica y, por tanto, universitaria; al final de la cadena de interrogantes aparece el último y definitivo problema, que ya no es el del modo de desenvol-

ver la existencia, sino el del sentido de la misma. "El camino de Occidente pasa por el fenómeno para llegar al sentido". El interrogante del sentido de la vida humana es el que presta unidad a la ciencia. La ciencia se vuelve una en su contestación al mismo.

La justificación vital de la ciencia arranca, pues, no sólo de las necesidades utilitarias del hombre, sino de su necesidad de interrogar, brevemente, de su necesidad de saber. El hombre se siente ante el mundo como *sujeto responsable*. Un perro vive *en el mundo*, despliega sus actividades *en él*, pero no se coloca *frente a él*; no piensa *sobre él*. Para el hombre, en cambio, esta es su tarea más grave y más específica; ha sido el tema de todos los siglos. Cada vez se dará unas contestaciones, pero el interrogante lo siente pesar sobre sí el hombre moderno con mayor angustia que el hombre primitivo, envuelto y protegido en el concepto mágico del mundo y de la vida, que supone siempre una pregunta y una respuesta más sencillas.

Cuando la misión de la Universidad se concibe arrancada de estos principios, nos es más fácil estructurarla, revivirla, remozarla. No es posible desligar la formación profesional—de ciertas profesiones sobre todo—de la misión de la Universidad. Los puristas quisieran que esto se redujese al cultivo de la ciencia *por la ciencia*, como si esta expresión pudiera tener sentido. No cabe más que el cultivo de la ciencia *por el hombre*. Las profesiones necesitan una técnica; muchas técnicas exigen, por su rango intelectual, una preparación del espíritu para su aprendizaje, preparación que debe confiarse a la Universidad. Pero, además, las técnicas las ejercita un hombre, y esto supone el cultivo del hombre—la cultura—, lo cual debe realizarse en la Universidad.

En un trabajo donde me ocupé de estas cuestiones desde un punto de vista médico, me planteo la siguiente pregunta: ¿Adopta la misma actitud ante el enfermo el médico individualista y romántico, que aquel otro que piensa siempre en los intereses supremos del Estado? Con mayor razón se podría trasladar esta pregunta a otras profesiones.

Por ello me parece artificioso en exceso hablar de los

códigos de deontología profesional. Difícilmente un código, aun suponiéndole protegido por una autoridad que castigue, alcanzará a moralizar las profesiones. ¡Es tan fácil justificar con un error técnico una dentellada en el *ethos* profesional! Los códigos serán una técnica más, que debe ser utilizada por el hombre. Lo que interesa, lo repito, es el cultivo de éste.

El cultivo del hombre sólo los hombres son capaces de hacerlo; este postulado nos servirá de salvaguardia frente a un peligro por exceso de técnica de la enseñanza. Se dice y se repite que hoy no deben existir lecciones de cátedra. La lección tenía su justificación en épocas anteriores, cuando no existían libros impresos o cuando estos eran, por su coste, inaccesibles a los estudiantes. Estas dificultades están resueltas. ¿Para qué, pues, oír lo que en los libros se puede leer y aprender?

Pero a la Universidad no hay que acudir a oír lo que se puede leer; la Universidad es convivencia de profesores y alumnos en la misma tarea. Lo que importa ante un problema es la manera de preguntar; la solución viene por sí misma. Entre los médicos todo el mundo se está de acuerdo en que no hay medio técnico—proyecciones, cinematografía, etc.—que supla la enseñanza directa y viva sobre el enfermo. Entonces el espectáculo que contempla o, mejor aun, que vive el alumno, no es el de la aparición de un síndrome como una lucecita roja en un tablero de señales, sino el de un espíritu que indaga y que ansía comprender qué es aquel conjunto de fenómenos que llamamos enfermedad, y, finalmente, qué debe hacer para cumplir su misión frente a aquel hombre que está enfermo.

La tarea de la Universidad, aun siendo la misma ahora y siempre, debe estar íntimamente ligada al espíritu del tiempo y a las necesidades vitales del hombre en aquel momento histórico. Teodoro Litt transmitió a los científicos, en reciente artículo, el consejo de Schiller a los artistas: "Vive con tu siglo, pero no seas su criatura. Ayuda a tus contemporáneos en lo que necesitan, pero no en lo que alaban". Limita así al punto en que la tarea deja de ser temporal para convertirse en eterna; donde acaba la servidumbre y donde empieza la grandeza.

Cuando el peso se inclina hacia la servidumbre—como está a punto de ocurrirle a la Universidad alemana—empieza la traición a su misión eterna. Cuando se olvida de ella se convierte en una rígida institución sin vida.

La servidumbre, no es sólo de tiempo, sino también de lugar. La Universidad alemana ha de ser, lo es, forzosamente, distinta de la Universidad española; no caemos por ello en el peligro de no reconocer la unidad de la cultura que antes hemos afirmado. La unidad es la cúspide, el ideal, la meta y aun el principio, pero en tanto, el camino puede ser distinto; puede serlo también la tarea concreta. La Universidad de un país debe ser distinta, lo es, repetimos, a la de otro en la misma medida en que, por ejemplo, el español no es igual al alemán. Muchas veces pienso que si las universidades españolas fueron grandes en el siglo XVI, no fué por un motivo de organización; por lo mismo he afirmado que el trasplante exacto de una organización alemana o norteamericana aquí no nos resolvería íntegramente el problema. (Aunque hasta cierto punto sea absolutamente necesario importar sus técnicas). La Universidad española fué grande entonces porque el sistema de ideas que albergaba, elaboraba, fundía y difundía era el que necesitaba el mundo aquel. Del mismo modo que el hombre al llegar al renacimiento, en su evolución histórica, y convertir su microcosmos en macrocosmos necesitó otro sistema de ideas vivas en que asentar. O cuando pretendió, ya en pleno huracán moderno, llegar a la cúspide de su ascensión histórica por la técnica, las universidades que han triunfado han sido aquellas que, por las condiciones de sus universitarios, le han prestado el sistema de ideas y el sistema de realizaciones que entonces necesitaba.

¿Cuál será, pues, la Universidad de los tiempos próximos? Quizás la nuestra propia. Dejemos que nos azote una ráfaga de optimismo y de ensueño. Es indudable que nos hallamos en pleno cambio de horizontes; Keyserling espera mucho de las reservas espirituales de nuestra raza. En nosotros, los españoles, alienta la misma esperanza; pero no intentemos vivir de nuestras reservas, sino de crear sobre ellas. Las nuevas generaciones de estudiantes

españoles han emprendido una veloz carrera en pos de las técnicas de la creación científica. El ímpetu lo deben a una generación de intelectuales, hay víctimas de ataques injustos, que supieron, con generosidad, señalar el camino; su misión fué esta, y la cumplieron. La de nuestra generación será la definitiva conquista de las técnicas; yo miro en la ciudad universitaria—la gran “americanada” según algunos—como un símbolo de esta fase. Tras nosotros vendrá la auténticamente creadora, la que señalará derroteros, la que dará un vigoroso empuje a nuestra Universidad. La que, en definitiva, proporcionará al hombre y al mundo un sistema de ideas, del cual pueda vivir y seguir tejiendo la tela de Penélope de los interrogantes científicos. ¡Brindemos, pues, amigos, por la futura Universidad española!

J. LOPEZ IBOR

